

Esta exaltacion de la emperatriz durante la comida, se atribuyó á alguna contrariedad que encontraría en el Santo Padre respecto de algun punto de la mision que llevaba; pero el siguiente día 28 hubo algunas particularidades que llamaron la atencion. D. Joaquín Velazquez de Leon, embajador de Méjico en Roma, habia quedado en cama, algo indispuerto, y habiéndole enviado á llamar cuatro veces la emperatriz, como en todas se le respondiera que estaba en cama, quiso que le llevasen en el lecho á su presencia. Como esto no era posible, quiso saber lo que tenía, y dió á entender que le creía envenenado.

Su Santidad Pío IX, pagó la visita á la emperatriz dos días despues, esto es, el 29 de Setiembre, y el asunto que la jóven emperatriz tocó, fué el mismo que el de su primera entrevista. El Papa volvió á dirigirle palabras consoladoras que la calmaban algun tanto, pero sin desvanecer por completo su idea.

Terminada la visita del supremo jefe de la Iglesia, la emperatriz continuó á los ojos de los demás sin dar el ménor indicio de locura.

Solamente el Padre Santo sabía el secreto del trastorno que habia empezado á operarse en la razon de la augusta esposa del emperador de Méjico.

Así terminó el mes de Setiembre. Los que rodeaban á la emperatriz, sin que llegasen á descubrir ni á sospechar siquiera el extravío de su razon.

El Papa Pío IX rogando al cielo porque la recobrase y fuese feliz.

## CAPÍTULO X.

Se hace pública la enagenacion mental de la emperatriz Carlota.—Actos de locura hechos por ella durante su permanencia en Roma.—Es conducida la emperatriz Carlota á Miramar.—Se hace ver el error en que algunos escritores han incurrido diciendo que el origen de su locura fué una entrevista con el Papa.—El emperador Maximiliano concibe el pensamiento de abandonar el país.—Una carta de Maximiliano á Bazaine diciendo que se proponía ir á Veracruz á recibir á la emperatriz.—Recibe Maximiliano la noticia de la enfermedad de su esposa.—Conversacion de Maximiliano con el doctor Basch, sobre dejar el país.—Se resuelve á dejarlo.—Otra carta de Maximiliano á Bazaine, encargándole la seguridad del camino de Veracruz á Méjico.—Carta colectiva del ministerio á Maximiliano, manifestando su sentimiento por la enfermedad de la emperatriz.—Contraste entre la conducta de Maximiliano hácia los conservadores, y lealtad de éstos hácia él.—Carta de Maximiliano á Bazaine diciéndole que va á salir de Méjico.—Causa gran inquietud en los conservadores la noticia de la partida de Maximiliano.—Presenta el presidente del Consejo de ministros un pliego, diciendo que todo el ministerio renunciaría si el emperador salia de Méjico.—Algunas observaciones respecto a lo que dice Kératry sobre esa renuncia.—Sale Maximiliano para Orizaba.—Carta de Maximiliano á Bazaine encargándole que haga saber á sus ministros ciertas disposiciones.—Llega á Méjico Castelnaud, enviado por Napoleon para que incline á Maximiliano á que abdique.—Se reúnen en la capital los prelados diocesanos para tratar del asunto del concordato.—Entusiasta recepcion que hacen los pueblos á Maximiliano en su viaje de Méjico á Orizaba.—Algunas falsas apreciaciones del doctor Basch y del conde Kératry.—Una carta de Bazaine á Maximiliano diciendo que se acercaba el plazo de ponerse en vigor la convencion sobre las aduanas.—Entabla Maximiliano negociaciones secretas con algunos jefes republicanos.—Algunas acciones de guerra favorables á los imperialistas.—Derrota el general imperialista Mendez á varios jefes republicanos.—Pone sitio el general republicano D. Porfirio Diaz á Oajaca.—Derrota D. Porfirio Diaz en la Carbonera á una columna austro-méjicana.—Toma D. Porfirio Diaz la ciudad de Oajaca.—Disposiciones del general republicano Corona en Sinaloa.—Envía una division al Estado de Jalisco.—Instrucciones y facultades que da Corona á los jefes de la division que envía al Estado de Jalisco.—Conspiracion en Tlalpam.—Son aprehendidos los conspiradores en Tlalpam y fusilados.—Santa-Anna prepara una expedicion en los Estados-Unidos para ir á Méjico.—Da un manifiesto en los Estados-Unidos el general Ortega anunciando que marcha á Méjico.—Carta del general norte-americano Sheridan al brigadier Sidgwick dando órdenes contra Ortega y Santa-Anna, haciendo saber que D. Benito Juarez es el único que el gobierno de Washington reconoce por presidente de Méjico.—Despacho del ministro norte-americano



Seward á Mr. Camphell, en que se ve que D. Benito Juarez era el presidente de Méjico que reconocía el gobierno de Washington.—Este reconocimiento de los Estados-Unidos respecto de D. Benito Juarez, destruye el plan de Napoleon de que fuese nombrado presidente D. Jesús Gonzalez Ortega.—Que la Francia estaba en posicion de no ceder en su política á los Estados-Unidos en la cuestion de Méjico.—Carta de Napoleon á Maximiliano, suplicándole que abdique.—Que no fue leal ni digna la conducta de Napoleon.

Octubre.

1866.

1866. El estado de estravío mental de la emperatriz Carlota, había tomado alguna más fuerza durante la noche del último día de Setiembre. Ninguna de las personas que le habían acompañado desde Méjico, ni nadie de los que la trataban, había notado hasta entonces en ella rasgo ninguno que indicara perturbacion la más leve en la razon: habían visto sí, grandes caprichos, ideas raras; pero éstas las había tenido siempre, sin perjuicio de su claro talento, de su buen criterio y de su recto juicio. En Puebla y en Acultzingo, cuando se dirigía de la capital de Méjico á Veracruz, dió indicios de excitacion mental en varios rasgos extraños que se advirtieron en ella, pero que no llamaron la atencion porque se atribuyeron á las rarezas que le eran geniales. Tambien en Bolzano, camino para Roma, observó en la emperatriz el médico que formaba parte de su comitiva, ideas en extremo extravagantes, como la de figurarse ver á D. Paulino Lamadrid, coronel mejicano, tocando el organillo, y á su derredor varios enemigos que querían asesinarla. Esta idea fantástica, aunque más grave ya, pasó rápidamente, y por lo mismo, no llamó seriamente la atencion de nadie.

En la mañana del 1.º de Octubre el médico notó en la soberana varias cosas que unidas á las que habían pasado, le hicieron comprender que su razon no estaba sana; y al ver que se disponía á salir, le impidió, como médico, que abandonase su habitacion. La emperatriz, sin hacer caso de su orden, le cogió de un brazo, y haciéndole á un lado para pasar, marchó al Vaticano con una camarista suya y con un chambelan llamado Datti que el Papa había pue-

1866.

Octubre.

to á sus órdenes. Desde ese momento se hizo pública la locura de la desdichada Carlota, que hasta entonces solamente el Santo Padre tenía conocimiento de ello. Dominada por la aterradora idea de que la querían envenenar por orden de Napoleon, se quedó todo el día en el Vaticano, sin querer separarse del Papa, única persona que le inspiraba completa confianza, comiendo en su mismo plato porque creía que nadie quería envenenar al jefe de la Iglesia, y escuchando sus palabras con placer, porque las consideraba dictadas por la verdad y el cariño apostólico. Como la noche se aproximaba, y manifestó la infeliz que deseaba pasarla allí, pues temía que en la fonda la envenasen, el Santo Padre, para evitar el escándalo que causaría si se condescendía con aquella pretension, se valió de las palabras más eficaces y persuasivas, haciéndola ver que le convenía volver á la fonda en que habitaba, y diciéndola que su mismo médico le acompañaría. La emperatriz que de ninguna de las personas que rodeaban el Papa dudaba, manifestó que estaba dispuesta á volver á la fonda, acompañada, como se le ofrecía, del médico de Su Santidad, si se hacia que saliesen de la fonda sus envenenadores el Conde del



Valle, el Dr. Boklushlabech, médico de ella y la señora Kuchachevich, se les juzgaba inmediatamente y se les descapitaba. El cardenal Antonelli llamó entonces á don Joaquin Velazquez de Leon, presidente de la comision mejicana enviada á Roma para el arreglo de la cuestion de los asuntos de la Iglesia, le hizo presente el escándalo

1866. que causaría que la emperatriz y una de sus  
Octubre. damas se quedasen de noche en el Vaticano; le pidió que hiciese ver á los que en su locura juzgaba la desgraciada soberana sus envenenadores, que el doctor Biale, médico de Su Santidad había opinado que se la complaciere el todo para que volviese á recobrar la razon, y que, por lo mismo, por bien de la salud de la jóven soberana, se escondiesen cuando ella llegaría para que no les viera.

D. Joaquin Velazquez de Leon, cumpliendo con el encargo que se le hacia, marchó inmediatamente á la fonda y puso en conocimiento de los tres individuos referidos lo que pasaba. Esta fué la primera noticia que los que pertenecian al séquito de la jóven soberana tuvieron de su locura. El Dr. Baklushlabech contó entonces las ideas extravagantes que había visto por la mañana en la emperatriz y cómo le había tomado del brazo haciéndole á un lado para salir; refirió algunas cosas relativas á las rarezas que había advertido en ella en Bolzano, y dió parte oficial de que se hallaba loca, monomaniática.

En Conde del Valle, el doctor y la señora Kuchachevich, cerraron sus respectivos cuartos, ocultándose en otras piezas; se inscribió la salida de ellos en el libro de la fonda, y D. Joaquin Velazquez de Leon fué inme-

diatamente á avisar al cardenal Antonelli que quedaban cumplidas sus disposiciones.

Eran poco más de las seis de la tarde. La emperatriz volvió á la fonda con su camarista sin que se notase señal ninguna en ella de su extravío mental. Ni la misma camarista que le había acompañado, ni el chambelan Datti, que permanecieron en la antecámara del Papa con otras varias personas distinguidas, llegaron á saber nada, hasta que se les refirió el triste acontecimiento que les sorprendió en extremo.

1866 La jóven y demente soberana se dirigió,  
Octubre. cuando llegó á la fonda, á las habitaciones de las tres personas que se imaginaba querían envenenarla, y al encontrarlas cerradas y quitadas las llaves, reprendió duramente al director del establecimiento, y exigió que le entregase las llaves sin pérdida de momento. El mandato fué obedecido sin réplica. El plan del doctor Boklushlabech y con el cual estaban de acuerdo la señora Kuchachevich y Radoener, eca encerrar á la emperatriz cuando volviese del Vaticano, opiarla, y llevársela opiada á Miramar. Afortunadamente este plan que nada tenía de acertado y sí mucho de imprudente, no llegaron á ponerlo en ejecución.

Luego que la emperatriz Carlota recibió las llaves, volvió á salir de la fonda con una camarista y el chambelan Datti, diciendo al cochero al entrar en el carruaje: «á la plaza del Pueblo» y poco despues de haber atravesado algunas calles, le dijo: «al Vaticano.» Siguiendo el carruaje en que marchaba la soberana, iban en otro coche, á peticion del chambelan Datti, á fin de acudir á lo que



fuese necesario, Radoner y otro servidor. La emperatriz, de nuevo en el Vaticano, á donde llegó bien pronto, se dirigió á la habitacion de Monseñor Borromeo, gran chambelan del Santo Padre. Dominado por la terrible idea que se había fijado en su imaginacion, le dijo que aprovechándose de la benevolencia y buena disposicion del Papa iba á quedarse en el Vaticano mientras llegaba á Roma su hermano el Conde de Flandes, pues en la fonda trataban de encerrarla. No creyéndose segura de envenenadores en ninguna parte sinó donde se hallaba el supremo jefe de la Iglesia, añadió que quería dormir cerca

1866. de Su Santidad. Monseñor Borromeo le hizo  
 Octubre. cón suma afabilidad todas las reflexiones que juzgó más oportunas para persuadirla, sin exaltarla, de la imposibilidad de acceder á su peticion, ofreciéndola darle una habitacion debajo de la del Santo Padre, donde tendría toda la seguridad y comodidades que le correspondían. Despues de una ligera discusion en que Monseñor Borromeo usó de frases las más dulces y persuasivas, la emperatriz consintió en admitir la habitacion que se le ofrecía. Monseñor Borromeo se dirigió á dar las órdenes necesarias para el arreglo de la pieza de la emperatriz y otras contiguas para la camarista. La demente soberana salió tras él, y ordenó que se le enseñaran las habitaciones que se le destinaban. Inmediatamente se accedió á su deseo. La emperatriz las vió y dijo á Monseñor Borromeo que saliese. En el momento que este obedeció, la emperatriz se encerró por dentro, sin dar tiempo ni aún á que le llevasen una cama. La camarista se quedó en la pieza contigua.

A las seis de la mañana del siguiente día salió la desgraciada emperatriz del cuarto en que se había encerrado, despertó á su camarista que no llegó á desnudarse para poder acudir inmediatamente si la llamaba su señora, y subió á la capilla del Papa donde esperó que diesen las siete, hora en que dice misa Su Santidad. En cuanto terminó la misa, el chambelan Datti, obsequiando los deseos de la emperatriz, la condujo á la cúpula de San Pedro, al museo del Vaticano y á todos los sitios que la egregia demente manifestó voluntad de ver; sin contradecirla en lo más mínimo, conforme á las instrucciones del médico del Santo Padre.

1866. En ese mismo día se verificó una consulta  
 Octubre. de médicos, resultando de ella la confirmacion evidente de que la emperatriz padecía una monomanía. Acto continuo se dió aviso á su hermano el Conde de Flandes que se había puesto en camino para Miramar, así como al Conde de Bombelles, que había ido á Austria á visitar á su familia, y enseguida se dió cuenta al emperador Maximiliano, por un despacho trasmitido por el cable.

La enfermedad, lejos de ceder, parecía irse desarrollando más cada día. En todas partes creía que la esperaban agentes enviados por Napoleon para envenenarla, y por donde quiera que iba, su imaginacion le presentaba envenenadores pagados por el emperador de Francia. Temiendo que la comida que le servían estuviese envenenada, dió en comer solamente lo que dejaba un gato que hacía le llevasen para ese objeto. En vista de esta rara manía y para hacerla que comiese en la mesa, le ocurrió



á Badoner tener encerrado y sin comer á un gato veinticuatro horas. Llegada la hora de la comida de la emperatriz, se llevó aquel gato hambriento, y no habiendo dejado nada del plato que se le puso, la emperatriz comió en la mesa, sin volver en lo sucesivo en la rara manía referida.

Mientras la infortunada soberana no estaba subyugada por la terrible idea de que querían envenenarla, hablaba con el claro discernimiento que cuando gozaba de completo juicio, y nadie habría imaginado al oirla, que su razon estaba extraviada.

El día 8 de Octubre llegó su hermano el Conde de Flandes, y determinó con el Conde de Bombelles llevarla sin tardanza á Miramar.

1866. El día 9 la emperatriz llamó á D. Martin  
Octubre. Castillo, y le dió varios decretos por los cuales se destituía á toda su servidumbre, incluso el mismo señor Castillo. Como era natural, éste no los refrendó.

El día 10 llegó la jóven y desdichada soberana á Miramar, donde se resolvió, por los facultativos, incomunicarla completamente, con el fin de evitar los accesos. La comitiva marchó á Trieste á esperar órdenes del emperador Maximiliano.

La monomanía de la desdichada emperatriz Carlota se desarrolló extraordinariamente en esos breves días, hasta el grado de haber tomado al ayudante del Conde de Flandes por un agente de Napoleon para envenenarla; y según el Conde de Versey, director del camino de hierro, llegó á desconfiar en el tren hasta de su propio hermano.

Se llegó á decir por algunos, entre ellos el autor de un

folleto en francés intitulado *La corte de Roma y el emperador Maximiliano*, así como el abate Domenech, que á «consecuencia de una larga conferencia con el Padre Santo, dió pruebas evidentes S. M. de un trastorno en su bella y noble inteligencia.» Nada sin embargo es ménos cierto que esa aseveracion. Sabido es por los que conocieron bien los hechos y los han referido con exacta fidelidad, que la razon de la desdichada esposa de Maximiliano había sufrido una sensible alteracion cuando aun no llegaba á Roma, y que antes de visitar al Santo Padre había indicios de su terrible enfermedad. El Conde de Kératry asienta que se hallaba ya bastante preocupada desde que desembarcó en Saint-Nazaire el 8 de Agosto. «Su rostro», dice, «llevaba la impresion de crueles preocupaciones, duplicada por una fatiga extrema; sus ojos brillaban con el fuego de la fiebre. La travesía había estropeado fuertemente á la jóven emperatriz, porque habiéndose instalado en la popa del buque, por haberlo deseado así para estar más aislada; no había podido encontrar reposo en su sueño por la trepidacion continua de

1866. la máquina. Al día siguiente llegaba á París  
Octubre. y descendía en el Gran Hotel. A medida que se aproximaba el término del viaje, se desarrollaba su exaltacion..... De la escena del palacio de Saint-Cloud con Napoleon puede datar realmente la locura de esta interesante princesa».

Pero el documento más veraz y exacto; en el que están presentados los hechos de la manera que realmente pasaron y que confirma que la emperatriz antes de presentarse en el Vaticano al Papa había perdido la razon,



es la carta que uno de los hombres más distinguidos que han figurado en España, el Conde de San Luis, dirigió el 10 de Octubre de 1866 desde Roma á la reina Isabel II, dándole una relacion exacta de lo acontecido á la emperatriz Carlota. «He procurado reunir», le dice, «todos los pormenores que me ha sido posible, y he redactado los adjuntos apuntes que no dudo excitarán la compasion de V. M. La relacion de los hechos sobre la enfermedad de la infortunada emperatriz de Méjico es exactísima, porque se la he oído á las personas de la comitiva imperial, entre ellos el Conde del Valle, viudo de la inolvidable Tula Enriquez».

Los hechos pasaron, pues, de la manera que dejo referida. Puedo asegurarlo así no sólo porque he seguido lo que dice en su apreciable documento el expresado Conde de San Luis á su reina Isabel II, sinó tambien por otros datos recogidos por mí de personas fidedignas que se hallaban en Roma en esa época y que presenciaron esos tristes acontecimientos.

Igualmente me he valido de la importante y extensa carta que D. Joaquin Velazquez de Leon, embajador de Méjico en la Corte Pontificia, escribió desde ésta al emperador Maximiliano, dando exactos y curiosos pormenores respecto de la enfermedad de la emperatriz Carlota.

Aun varios de los mismos que equivocadamente han asentado que la locura fué á consecuencia de la entrevista con el Papa, se contradicen, viniendo á dejar ver, sin intentarlo, que la pérdida de la razon la sufrió la emperatriz Carlota mucho antes de llegar á Roma. Uno de los estimados escritores en cuya obra se encuentra esa con-

tradiccion, es D. Pedro Pruneda, en su *Historia de la guerra de Méjico*. Hablando de las conferencias verificadas entre la emperatriz y Napoleon III en el Palacio de Saint-Cloud, asienta que Napoleon no quiso quitar toda esperanza á la jóven soberana, porque «decir la verdad entera

1866. á aquella pobre mujer, cuyas facultades mentales empezaban á extraviarse hubiera sido mostrarse duro, y más que duro, inicuo.» Y pocas páginas despues, sin tener presente lo que ha afirmado primero, dice: Si han de creerse las versiones que con ciertos visos de inverosimilitud circularon entonces, parece que despues de una audiencia en el Vaticano, empezaron á notarse los primeros accesos de enagenacion mental. En su entrevista con el Soberano Pontífice, pronunció éste palabras muy severas al juzgar ciertos actos del emperador Maximiliano, tales como el rompimiento del primer concordato estipulado entre Méjico y la Corte de Roma. Dijose que las palabras de Pio IX causaron tal impresion en el ánimo de la emperatriz, que perdió instantáneamente la razon».

La contradiccion no puede ser más manifiesta. Si la enagenacion mental había empezado, como dice primero, en las conferencias con Napoleon en el palacio de Saint-Cloud, esto es el 9 de Agosto, era del todo injusto atribuirle á la entrevista tenida con el Papa que se verificó el 27 de Setiembre, esto es, mes y medio despues. Al asentar lo primero, el escritor habla con seguridad: al referir lo segundo, se manifiesta inseguridad, pues no hay otro apoyo que las siguientes frases *si han de creerse las versiones, parece, dijose*, y otras semejantes,



que ningun peso pueden tener en la balanza de la verdad que debe ser la única en cuyo fiel fije los ojos el concienzudo historiador.

Mientras la infortunada emperatriz Carlota era conducida á su castillo de Miramar, donde había vivido llena de felicidad antes de que su esposo ciñese la corona de Méjico, Maximiliano que sabía ya por un vapor inglés salido de Southampton en los primeros días de Setiembre y que llegó á Veracruz el 28 del mismo mes, el mal éxito alcanzado en las entrevistas con Napoleon III en el palacio de Saint-Cloud, se encontraba inquieto, aunque no lo manifestaba. Comprendiendo el mal efecto que podía causar en los adictos al imperio aquella noticia y la fuerza que prestaría al partido contrario, conservó [el secreto de de ella, esperando el resultado de la mision de la emperatriz en Roma; pero desde ese momento concibió el pensamiento de volver á Europa, abdicando en Veracruz la corona al salir del país. Todo al ménos induce á persuadir que ese fué su pensamiento. Sin embargo, aunque

1866. no era una cosa resuelta, hacía en silencio  
 Octubre. sus preparativos de marcha, y prevenía disimuladamente todo para el caso de que se decidiese á dejar el territorio mejicano. Su augusta esposa nada le había escrito respecto de la fecha en que esperaba volver á Méjico, y sin embargo en el *Diario del Imperio*, perteneciente al 2 de Octubre se anunciaba, por orden suya, que saldría de Europa el 16 de Octubre. El artículo inserto en el expresado periódico decía así: «Con las noticias recibidas por el correo de ayer, se ha sabido que S. M. la emperatriz debe haber concluido los diversos negocios de

su mision. S. M. se propone volver por el vapor del 16 de Octubre: de modo que se espera su llegada á Veracruz para el día 8 ó 10 de Noviembre. Por ahora S. M. se encuentra en Roma.»

Como se vé, los redactores se contraían únicamente á *noticias recibidas por el correo*, pero no decían que esas noticias hubiesen sido comunicadas por la emperatriz ni por ninguna de las personas de su séquito, pues á ser así, se habrían apresurado á decirlo. Que la noticia era vaga y no fuente segura, se confirma por estas otras palabras del mismo artículo: «se ha sabido que la emperatriz *debe haber concluido* los diversos negocios de su mision.»

Dada la noticia de que iba á llegar la emperatriz á Veracruz, podía Maximiliano salir de la capital y dirigirse al puerto como para recibirla, no sólo sin que se extrañase su salida, sinó como justa y natural. Acaso no había tomado todavía una resolucion decisiva, pero quería tener preparado el terreno para el caso de que, como he dicho, se decidiese á ello. Con este motivo dirigió el día 14 de Octubre desde su alcázar de Chapultepec una carta al mariscal Bazaine que había marchado hácia Perote en auxilio de una division austriaca que había sido derrotada, y se hallaba sitiada en la ciudad de Perote á donde se habían retirado. La carta decía así:

«Mi querido mariscal:—Debiendo llegar probablemente la emperatriz del día 20 al fin del presente mes, y deseando además recibirla personalmente en el puerto, me propongo salir de la capital en los primeros días de la semana próxima. En consecuencia, deseando dejar asegurada la tranquilidad de Méjico, y al mismo tiempo *hablaros*